

## Shakespeare durante la plaga.

Tanto en Europa como en Inglaterra, la peste bubónica tuvo graves consecuencias en 1593 y en 1603 en Londres. No sabían cuál era el origen, aunque los puritanos aseguraban que era por una maldición divina y por los pecados que cometían o pensaban cometer los ingleses, hombres y mujeres que debían llevar una vida recta y austera, rechazando a los poetas, actores, dramaturgos y deseando que se destruyeran los teatros, tal como los hicieron en 1640.

Nadie sabía que se trataba de un bacilo mortal que se transmitía por las pulgas que estaban en las ratas que venían en los barcos que atracaban en los muelles del Támesis donde saltaban con todo y pulgas —como lo hacían Phyllis y Henry, esas dos que Charles Chaplin había domesticado para su Circo de Pulgas, a las que seguía con la mirada los saltos mortales que daban.

Las ratas y sus pulgas se refugiaban y anidaban en las casas de lodo y madera que había en Londres, antes de dar su salto mortal al brazo o al cuello del cristiano que la habitaba que, en pocos días, se le escurría el alma del cuerpo con todo y una buba blancuzca que le había crecido cerca de la mordida.

En 1593 murieron unas 100 mil almas, que las enterraban en las barrancas. Era la mitad de la población de esa ciudad.

Había gente que creía la plaga era por los planetas errantes que producían una mezcolanza funesta: “¡qué plagas y qué prodigios, qué anarquías, qué cóleras del mar, qué conmociones de los vientos!”, como escribió Shakespeare en *Troilo y Crésida*.

Por “si las pulgas” cerraban los teatros, como ahora lo han hecho en México y en el mundo. Entonces, se puso a escribir poesía, por lo pronto *Venus y Adonis*, poema lírico dedicado al conde de Southampton —el Conaculta de entonces—, de quien recibió un buen apoyo y, por eso, siguió escribiendo *La violación de Lucrecia* que también se lo dedicó, además de varios Sonetos.

La muerte cundía y así le tocó vivir esa década de su vida, en medio de la plaga que se sumaba a la fatiga de un invierno agobiador y a una primavera enlutada en 1603 por la muerte de la reina Isabel I, cuando reboto la peste bubónica que volvió a cundir para que las campanas de San Pablo tocaran a rebato en señal de luto. Los teatros los volvieron a cerrar y murieron otros 38 mil

ingleses.

Si leían en la puerta *Dios tenga misericordia de nosotros*, era para anunciar que había un enfermo o un difunto y que estarían en cuarentena. Era el caos.

Durante su confinamiento, Shakespeare escribió poesía que luego la siguió expresando en el teatro, así que, cuando puso en escena *Romeo y Julieta* en 1596 la oímos que declama desde el balcón:

*Los amantes celebran sus amorosos ritos  
con la sola luz de su belleza...*

No hubo mal que por bien no le viniera a Shakespeare durante la plaga, como ahora a nosotros por la pandemia.